



EL NOMBRE ETERNO

MANUEL ALFARO CONDE

EL
NOMBRE ETERNO
LA GNOSIS



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2026

Segunda edición: septiembre 2026

Depósito legal: SE 4492-2026

ISBN: 979-13-7060-491-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Manuel Alfaro Conde

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularojo.com

info@editorialcircularojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Eres como el oro crudo que debe pasar por el fuego para revelar su pureza.

Rumi (1207–1273)

La humildad es el sólido fundamento de todas las virtudes.

Confucio (c. 551 a. C.)

La simplicidad es la máxima sofisticación. Lo complejo deslumbra, pero lo simple permanece.

Leonardo da Vinci (1452–1519)

Como es arriba es abajo, y como es adentro es afuera.

Hermes Trismegisto

Allí donde no hay apropiación, no hay sufrimiento.

Buda Gautama (s. V a. C.)

El nombre que puede ser pronunciado no es el Nombre Eterno.

Lao Tsé (s. VI a. C.)

El Padre está en mí, y yo en el Padre.

—Jesús

¿Buscabas un libro de autoayuda... que te vendiera una felicidad de postureo, altas vibraciones y una espiritualidad superficial, pidiendo al universo que te manifieste la abundancia?

¡DETENTE! Esta no es tu lectura

Mi consuelo es el filo de una **verdad radical, y ancestral**

Cuando la furia o la fe te inviten a buscar la fuente de estas palabras...
¡no envíes tu condena o tu alabanza!

Pues el escriba se disuelve en el mismo instante en que tú despiertas

CONTENIDO

EL TRONO OCUPADO	11
-------------------------------	-----------

Capítulo I

LA HISTORIA DEJA HUELLAS

DIFÍCILES DE BORRAR	13
----------------------------------	-----------

LA CREACIÓN DEL NUEVO TESTAMENTO	13
--	----

EL ORIGEN DEL CRISTIANISMO	19
----------------------------------	----

LAS PRUEBAS DEL JESÚS HISTÓRICO	35
---------------------------------------	----

LA RESURRECCIÓN	42
-----------------------	----

LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA	50
----------------------------------	----

LOS DOCUMENTOS APÓCRIFOS	60
--------------------------------	----

EL LEGADO DE LA FILOSOFÍA GRIEGA	66
--	----

Capítulo II

AQUEL QUE BUSCA LA VERDAD, ES TAMBIÉN

QUIEN LA REVELA.....	73
-----------------------------	-----------

LA CONSCIENCIA	73
----------------------	----

EL MUNDO	79
----------------	----

EL DAEMON.....	84
----------------	----

LA TRINIDAD	90
-------------------	----

LA PRESENCIA «YO SOY»	93
-----------------------------	----

Capítulo III

EL TODO ES MENTE;

EL UNIVERSO, MENTAL	113
----------------------------------	------------

LA REENCARNACIÓN	113
------------------------	-----

LA MENTE	121
----------------	-----

EL MESÍAS	139
-----------------	-----

Capítulo IV

LO MÁS ALTO VIENE DE LO MÁS BAJO, Y LO MÁS BAJO DE LO MÁS ALTO 157

EL FIN DEL MUNDO 157

LA LEY 171

Conclusión

SIETE VECES CAE EL JUSTO, Y SE LEVANTA AL INVOCAR MI NOMBRE 201

MÍRATE SIN NOMBRE 201

Apéndice I

SENTENCIAS PARA EL RECUERDO 208

Apéndice II

LA SOLITUD SIN YO..... 209

EL TRONO OCUPADO

La academia sostiene un velo por puro instinto de supervivencia: trata el solipsismo como un juguete intelectual o un callejón sin salida. No es una teoría, es una tecnología espiritual de demolición. Si el solipsismo cruza el umbral del templo, el templo se evapora. Para el sistema, el solipsista no es un ateo —alguien que niega a Dios— sino algo infinitamente más peligroso: un usurpador que reconoce que el Trono está ocupado por el Observador. Quienes se acercaron a esta verdad tuvieron que cifrarla en el silencio o enfrentar la hoguera. El sistema no teme a tus respuestas; teme a que dejes de hacer las preguntas equivocadas. La mayoría de los autores se detuvieron en el umbral del abismo por miedo al vértigo de descubrir que el fondo es un espejo. **Nadie se atrevió a dar el paso lógico:** usar el solipsismo como la llave maestra para saquear los archivos del Espíritu. Leer la Biblia, el Kybalion o los Textos de las Pirámides bajo esta luz no es interpretarlos; es *reclamarlos*. Es entender que no son historias de otros, sino el manual de instrucciones que tú mismo te dejaste escrito para despertar.

La academia camina de puntillas ante el Vaticano y el dogma católico; no por una cuestión de fe, sino por pragmatismo presupuestario, inercia y supervivencia institucional. En escenarios estratégicos como España e Italia, los archivos históricos más relevantes son propiedad de la Iglesia. Cualquier académico que resulte incómodo corre el riesgo de encontrar cerradas las puertas a las fuentes primarias esenciales para su tesis. Existe un temor latente a que conclusiones demasiado radicales —especialmente en arqueología bíblica o historia del dogma— revoquen subvenciones o retiren el apoyo de fundaciones vinculadas al ala conservadora. A diferencia de otras

mitologías, el catolicismo ha logrado infiltrar la teología en los planes de estudio oficiales, generando un conflicto de intereses estructural. Para evitar la colisión y seguir cobrando del Estado sin dinamitar sus puentes con la Iglesia, el objetivo del académico no es la verdad, sino la verdad *consensuada*.

EL NOMBRE ETERNO no pide permiso a los archivos vaticanos: su lenguaje quirúrgico opera fuera de la órbita académica porque no depende de sus cátedras. Mientras los académicos actúan como empleados del sistema cuya meta es la jubilación, en EL NOMBRE ETERNO tú te posicionas como un lector soberano en busca de la revelación.

Recomposición a partir de un diálogo de Jor-El
(*Superman*, 1978)

Hijo mío... Ya no te acuerdas de mí. Soy Jor-El, tu padre. Aunque te has criado como un ser humano, no eres uno de ellos. Estúdalos bien. Vive como uno de ellos. Examina su corazón: es más frágil que el tuyo. A mí no me está permitido inmiscuirme en la historia: no pasa de ser una sucesión de hechos consumados. Te he enviado —a ti, mi único hijo— como luz que guía en la oscuridad. Averigua dónde son necesarios tu fuerza y tu poder. Hora es ya, Kal-El, de que vengas conmigo... a este reducto de la soledad: tu hogar, tal como fue. Por ello, conserva siempre en tu corazón el orgullo de tu origen.

Capítulo I

LA HISTORIA DEJA HUELLAS DIFÍCILES DE BORRAR

*Si no hay resurrección de los muertos, tampoco
Cristo ha resucitado; y si Cristo no ha resucitado,
vana es nuestra predicación y vana vuestra fe.*

1 Corintios 15, 13-14

LA CREACIÓN DEL NUEVO TESTAMENTO

A día de hoy, el nivel de información de la mayoría de los cristianos sobre los resultados obtenidos de los últimos estudios críticos realizados a las Sagradas Escrituras es sorprendentemente bajo. Dichos estudios se realizan desde finales del siglo XVIII hasta hoy con consecuencias en sumo grado reveladoras: tanto la crítica del Antiguo Testamento como la del Nuevo Testamento es demoledora para las creencias establecidas, calificando de mitos o invenciones literarias, cuando no de exageraciones, muchos de sus pasajes. También los estudios han demostrado fuera de toda duda las manipulaciones y añadidos posteriores que trufan el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Estos documentos, además de ser el resultado de múltiples reelaboraciones, adiciones, mutilaciones y falsificaciones, en el transcurso de los siglos han sufrido un incesante proceso de traducción e interpretación que ha ofrecido la oportunidad de tergiversar su texto aún más. Por todo ello, la Biblia es para la ciencia académica, tal como constataremos a lo largo de este primer capítulo, una fuente de información muy poco segura.

Lo primero que deberían saber los cristianos es que los cuatro Evangelios Canónicos son en realidad obras anónimas escritas originalmente en griego, en vez de en la lengua de los judíos: el arameo y el hebreo. En el siglo I de la era cristiana, la lengua predominante de Judea, y que casi con toda seguridad habló Jesús, era el arameo; en cuanto al hebreo, empezaba a ser una lengua muerta. Harold Bloom, escritor y profesor de la Universidad de Yale, nos invita a la siguiente reflexión:

Si creyeras en la divinidad de Jesús, ¿no desearías que se hubieran conservado las auténticas frases en arameo que pronunció y que para ti serían las palabras de Dios? Pero lo que se conservaron fueron traducciones griegas de sus dichos y no los propios discursos en arameo. ¿Se perdieron y aún han de encontrarse en alguna cueva de Israel? ¿O es que, para empezar, nunca se escribieron y los textos griegos se redactaron de memoria? Durante años he formulado estas preguntas siempre que me he reunido con algún estudioso del Nuevo Testamento y solo he encontrado perplejidad (citado en Jorge Blaschke: *Las mentiras del cristianismo*, 2006, p. 9).

Para más señas, cabe decir que se escribieron en su totalidad, sin excepción, en letras mayúsculas, sin títulos, sin divisiones en capítulos y versículos y prácticamente sin puntuación ni espacios entre las palabras. Según los expertos, la naturaleza de estos documentos, escritos en tercera persona y con frecuencia contradictorios, es ante todo teológica y no necesariamente histórica. Los expertos coinciden casi de manera plena en afirmar que los Evangelios no proceden de testigos oculares, sino que se basan en una tradición oral o en una reconstrucción mitificada de la vida de Jesús. Otro dato para tener en cuenta es su datación, ya que, aunque no se ha dilucidado de manera definitiva, hoy día se conviene que el Evangelio de Juan se escribió alrededor del año 120, por lo que no podría ser la crónica de un

testigo. No mucho antes, ya se habría escrito el Evangelio de Marcos, entre el año 70 y el 110, así como el de Mateo y el de Lucas entre el 90 y el 135. Como dice A. N. Wilson:

Uno de los detalles más curiosos de la erudición neotestamentaria es el hecho de que unos letrados que vienen dando vueltas a los documentos desde hace siglos no hayan logrado resolver siquiera por encima de toda duda cuestiones tan sencillas como las fechas en que se escribieron los Evangelios, ni dónde se escribieron, ni menos aún quiénes los escribieron (Jesus, 1992, p. 48).

El descubrimiento del Evangelio de Tomás —una colección de dichos de Jesús— en 1945 sirvió para reforzar una teoría que la mayoría de los estudiosos había formulado desde casi un siglo antes: los evangelios de Mateo y Lucas, los únicos que nos cuentan la infancia de Jesús, tuvieron como fuentes dos evangelios anteriores. Para las historias y leyendas de la vida de Jesús tomaron como modelo el Evangelio de Marcos y agregaron los relatos sobre la infancia y la resurrección que el original de Marcos no poseía; por otro lado, para incorporar las máximas y proverbios de Jesús, utilizaron un documento compuesto por sus dichos, escrito antes del año 70 d. C., hoy perdido, al que los expertos llaman «Q», de la palabra alemana *Quelle* (fuente).

Sobre los Evangelios ya solo resta destacar un hecho lamentable: no se conservan los textos originales, solo copias. Los manuscritos completos más antiguos que se conservan son del siglo IV. Hay algunos fragmentos que son de los siglos II o III; el más antiguo corresponde al Evangelio de Juan y su datación lo sitúa entre los años 130 y 150. En realidad, no se conserva ningún manuscrito original del Nuevo Testamento. Todos se encuentran en copias hechas con posterioridad que, con excepción de algunos fragmentos, no datan de antes del siglo

IV. Es evidente que durante tres siglos, desde que la probable redacción original tuviera lugar, se han podido introducir todo tipo de cambios.

En relación con el resto de los documentos neotestamentarios, dada la complejidad del lenguaje simbólico empleado en el Apocalipsis, es improbable que su autor sea un sencillo pescador de Galilea. Estudios recientes han demostrado que las epístolas que se atribuyen a los apóstoles Pedro, Santiago y Juan son falsas: se escribieron entre los años 177 y 220 para combatir las ideas heréticas. Hechos de los Apóstoles se descarta como documento histórico del cristianismo en su camino desde el centro de Jerusalén hasta el centro de Roma y, por consiguiente, como prueba de la autenticidad histórica de los apóstoles. Este documento, el cual legitima a los obispos como sucesores de los discípulos de Jesús y que aparece de pronto a finales del siglo II en Roma, en manos del obispo de Lyon san Ireneo, probablemente se escribió entre los años 150 y 177.

En fin, por desconcertante que resulte, hoy por hoy no hay ninguna prueba concluyente que confirme la existencia histórica de Jesús de Nazaret y la de sus discípulos; es más, no hay una sola historia de la Biblia que pueda comprobarse científica o documentalmente, así como no hay una sola prueba arqueológica de la existencia de cualquiera de los grandes profetas del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento. Todo lo contrario ocurre con san Pablo, conocido como «el Apóstol» o «el Apóstol de los Gentiles», cuya condición de personaje histórico es indiscutible. Pablo, tal como se daba a conocer, o Saulo, según su nombre judío, nació en torno al año 10 en la ciudad griega de Tarso, en el seno de una familia judía bastante acomodada. Sus cuatro últimas epístolas, 2 Tesalonicenses y las calificadas como «Epístolas Pastorales» (1 y 2 Timoteo y

Tito), al igual que las epístolas atribuidas a los demás apóstoles, se escribieron a finales del siglo II o a comienzos del III. En relación con las pastorales, que se llaman así porque se preocupan principalmente por cómo debe organizarse la Iglesia, G. Lüdemann, profesor de Estudios del Nuevo Testamento en la Universidad de Gotinga, escribe:

El consenso entre los estudiosos de hoy es que el Pablo histórico no puede ser el autor de las pastorales, ya sea directa o indirectamente (Heretics, 1995, p. 288).

Respecto a las nueve epístolas anteriores, cuya redacción original se ha perdido, la mayoría de los eruditos está de acuerdo en que siete son auténticas en su mayor parte (Romanos, 1 y 2 Corintios, Gálatas, Filipenses, 1 Tesalonicenses y Filemón), y manifiestan muy serias dudas acerca de la supuesta autenticidad de las dos restantes (Efesios y Colosenses). Una de las más destacadas autoridades académicas en materia de cristianismo antiguo sugiere que los cristianos eclesiásticos quizás hubieran preferido excluir las epístolas de Pablo, «pero era demasiado tarde, ya era un apóstol principal y gozaba de gran consideración» (Elaine Pagels: *The gnostic Paul*, 1975, p. 161).

Sean cuales fueren, las epístolas auténticas fueron escritas o dictadas por san Pablo entre los años 51 y 63, lo que las convierte en los documentos cristianos más antiguos que se conservan. Dicho esto, es desconcertante que, salvo en las Epístolas Pastorales, Pablo no diga nada sobre el Jesús histórico ni lo vincule con ningún periodo ni lugar histórico, puesto que únicamente se ocupa del Cristo místico que muere y resucita. G. A. Wells comenta que «el silencio total de Pablo sobre el Jesús histórico sigue siendo un problema solo para aquellos

que insisten en que había un Jesús histórico sobre el que cabía guardar silencio» (Did Jesus exist?, 1975, p. 21).

Como todo el mundo sabe, la tradición cristiana presenta a Pablo como ortodoxo, pese a ello, llama la atención que los gnósticos (disidentes cristianos con los que la Iglesia mantuvo encarnizadas batallas) llamaran a Pablo «el Gran Apóstol»; es más, afirmaban que era su padre fundador, por lo que muchos se llamaban a sí mismos «paulinos». Elaine Pagels hace la siguiente observación:

Si el Apóstol era tan inequívocamente antignóstico, ¿cómo podían afirmar los gnósticos que era su gran maestro pneumático? ¿Cómo podían decir que seguían su ejemplo al ofrecer enseñanzas secretas de sabiduría y gnosís a los iniciados? ¿Cómo podían afirmar que la teología paulina de la resurrección era el origen de la suya y citar las palabras de Pablo como prueba decisiva contra la doctrina eclesíástica de la resurrección del cuerpo? (The gnostic Paul, 1975, pp. 9-10).

Lo cierto es que entra dentro de lo posible que Pablo fuese el padre fundador del movimiento gnóstico y, por tanto, del cristianismo original, ya que hoy día se estima que los Evangelios fueron redactados después de que Pablo evangelizara muchos de los países del Mediterráneo oriental. Los gnósticos decían que las epístolas de Pablo encerraban enseñanzas secretas cifradas. Un dato significativo es, según los expertos, que cuando se traducen correctamente sus epístolas auténticas es ineludible su fuerte contenido gnóstico. Incluso hay quien, remontándose a la época de antes de san Pablo, vislumbra un gnosticismo precristiano que difiere del gnosticismo cristiano, en el que Jesús y Cristo no figuran para nada en sus sistemas. Su literatura sería compuesta por un grupo de judíos helenizados de Alejandría que practicaría una versión judía de los misterios paganos.

EL ORIGEN DEL CRISTIANISMO

Ya poseemos un mínimo conocimiento sobre el origen del Nuevo Testamento, pero ¿qué sabemos sobre el origen del cristianismo? ¿De qué fuentes pudo beber el cristianismo? Quienquiera que fuese su fundador (ya sea san Pablo o Jesús de Nazaret), expertos en historia antigua, mitología, teología, etc., durante más de un siglo y de diferentes maneras, han propuesto, siempre sin que nadie les hiciera caso, que el cristianismo se asentaba en la espiritualidad pagana que lo precedió; hecho que ha llevado a muchos a poner en tela de juicio la historicidad de Jesús. Otros, en cambio, la han rechazado de plano, como es el caso del historiador del cristianismo Albert Schweitzer (1875-1965), que a principios del siglo XX escribió:

No hay nada más negativo que el resultado del estudio crítico de la vida de Jesús. El Jesús de Nazaret que se presentó públicamente como el Mesías, que predicó la ética del Reino de Dios, que fundó el Reino de los Cielos en la Tierra, y murió para dar a su obra la consagración definitiva, nunca existió (citado en I. Wilson: *Jesus: the evidence*, 1984, p. 37).

Antes de entrar en materia, conviene recordar la historia oficial sobre «el origen y apogeo del cristianismo», la cual cuenta que hacia el año 30 de nuestra era surgió en Palestina un movimiento mesiánico en el seno del judaísmo. Esta nueva doctrina religiosa, muy minoritaria en el Imperio romano, va a conocer con el paso del tiempo un éxito considerable. El hecho de que su fundador fuese crucificado por los romanos y repudiado por el pueblo judío no impidió que sus discípulos difundiesen sus enseñanzas (la Buena Nueva) por la cuenca del Mediterráneo,

y ganaron así las diferentes capas sociales del Imperio, cuyos adeptos se hacían llamar a sí mismos «cristianos» por referencia a Cristo (título otorgado por los cristianos a Jesús después de resucitado).

En el año 64, Nerón (37-68), emperador romano desde el año 54 hasta que se suicidó, desencadenó la primera persecución de cristianos, acusándolos del gran incendio de la ciudad de Roma.

El llamado «periodo apostólico», que dio como fruto la primera generación de cristianos, termina por el año 70 con el martirio de Pedro y Pablo (últimos miembros del ministerio de Jesús) en Roma. Pese a las numerosas y cruentas persecuciones anticristianas de los romanos, en el siglo II se formaron las primeras comunidades cristianas, de entre las cuales surgieron los primeros conflictos, debido a las inevitables discrepancias en torno a los hechos mismos de la vida de Jesús, al sentido de sus enseñanzas y a la postura que debía adoptar su Iglesia. Ante esta divergencia de opiniones, el cristianismo primitivo se abrió paso principalmente con dos corrientes de pensamiento, una tradición pública y otra secreta: la ortodoxia y el gnosticismo. El término «gnosticismo» es moderno, ya que fue acuñado en el siglo XVIII.

Hasta aquí, hay quienes sostienen que lo leído sobre el origen y apogeo del cristianismo ha sido deliberadamente falseado, como es el caso de Barbara Walker, de quien recojo lo siguiente:

La totalidad de la historia europea fue corregida por una Iglesia que pretendía convertirse en la única y exclusiva depositaria de los archivos históricos y literarios. Con todos los documentos importantes custodiados en los monasterios y un pueblo llano degenerado al más absoluto analfabetismo, la historia cristiana pudo ser falsificada con total impunidad (*The woman's encyclopedia of myths and secrets*, 1993).

Algunos investigadores (como los mitólogos Albert Churchward y Joseph Wheless) han llegado a la conclusión, tras descubrir las más que casuales semejanzas entre la mitología pagana y la muy posterior historia de Jesús, que el cristianismo no fue una revelación nueva y excepcional ni la historia de Jesús es la biografía de un mesías histórico, sino un mito judío basado en leyendas paganas. Si bien es cierto que son muy pocos los estudiosos actuales que nieguen rotundamente la existencia de un Jesús histórico, todos señalan las dificultades que ofrece el hecho de que haya tantos elementos de los cultos a los dioses paganos en el relato de la vida de Jesús. Entre los estudiosos que consideran exagerada la tesis que apunta a que Jesús jamás existió, la opinión generalizada es que muchos de estos claros paralelismos entre su vida y las leyendas paganas no formaban parte de la narración originaria, sino que fueron añadidos conforme la cristiandad iba extendiéndose entre los gentiles y judíos helenizados.

En los primeros siglos de nuestra era, estas notables semejanzas resultaban obvias tanto para los paganos como para los cristianos; sin embargo, durante casi dos mil años ha prevalecido en el mundo occidental la idea de que el cristianismo es sagrado y único, mientras que el paganismo es primitivo, idólatra y politeísta. Ciertamente, había entre el vulgo muchos cultos paganos dedicados a dioses diferentes, pero según el gran egiptólogo sir Wallis Budge, que era conservador de antigüedades en el British Museum de Londres, estos llamados «dioses» representaban las múltiples naturalezas del ser único y supremo que todo lo abarca. Curiosamente, la palabra hebrea para «Dios» es *Elohim*, la cual implica una pluralidad dentro de la divinidad, ya que de manera literal significa «dioses».

Donde se alza el Vaticano había en otro tiempo un templo pagano, en el que los sacerdotes celebraban un ágape ritual consis-

tente en pan y vino que simbolizaban el cuerpo y la sangre de su redentor, el cual antes de morir y resucitar había declarado:

Aquel que no coma de mi cuerpo ni beba de mi sangre, para ser uno conmigo y yo con él, no conocerá la salvación (inscripción mitraica citada en J. Godwin: *Mystery religions in the ancient world*, 1981, p. 28).

En el mundo antiguo, esto es, la mayor parte de Europa, Asia y África durante el periodo histórico que comprende hasta la caída del Imperio romano en el siglo V, eran muchos los mitos relativos a un dios hombre que moría para luego resucitar. En Egipto era Osiris; en Grecia, Dioniso; en Asia Menor, Atis; en Siria, Adonis; en Italia, Baco; en Persia, Mitra; en Alejandría, Eón; en Babilonia, Tammuz; etc. Las diversas versiones del mito del dios-hombre comparten lo que el gran mitólogo Joseph Campbell llamó «la misma anatomía». Dicho esto, hay que decir que el mundo antiguo era un mosaico de asentamientos tribales, con fronteras fluidas o inexistentes, lo cual propiciaba la mezcla de todo tipo de ideologías, creencias y supersticiones de unos y de otros.

Osiris es el dios-hombre original. Los egipcios representaban su muerte y descenso a los mundos inferiores como un sol *negro*. Su historia es tan antigua que se encuentra en los textos de las pirámides escritos hace más de cuatro mil quinientos años. Con el paso del tiempo, Osiris se convertiría en Dioniso en Grecia, y empezó así un proceso que llevaría al dios egipcio a encabezar una larga lista de divinidades que, como en la actualidad Krisna y Jesús, cargarían con las culpas de la humanidad. En apariencia, dicho mito es un relato entretenido, pero en la antigüedad, para los iniciados en los misterios del dios-hombre pagano era un código sagrado que

contenía un mensaje oculto cifrado. La misión del iniciado consistía en descifrar su significado espiritual. Este relato pagano, cuyo origen se desconoce, inspiró a todos los grandes místicos y filósofos del mundo antiguo, tales como, por ejemplo, los griegos Pitágoras (c. 570-490 a. C.), Sócrates (s. V a. C.) o Platón (428/427-347 a. C.). Aunque no hay ni un solo mito pagano que sea totalmente análogo a la supuesta biografía de Jesús, esta pudo ser construida partiendo de las diversas historias del dios-hombre pagano que ya existían muchos siglos atrás. Como podrás comprobar a continuación, el dios-hombre pagano comparte con el dios-hombre judío similitudes, como poco, sospechosas:

Atis, Mitra, Adonis, Eón, Dioniso y otros más son engendrados por una mujer virgen que al morir asciende al cielo y es venerada como ser divino. Según la tradición popular del cristianismo primitivo, Jesús, al igual que Dioniso, fue gestado solo siete meses.

La palabra que suele traducirse por «establo» en los Evangelios es *katalema* (refugio temporal, cueva). En los albores del cristianismo, una tradición muy extendida decía que Jesús nació en una cueva. También se decía que Mitra y Dioniso habían nacido en una cueva.

En Alejandría, el nacimiento de Eón se celebraba el 6 de enero, exactamente la misma fecha en que muchos cristianos primitivos celebraban el nacimiento de Jesús, como hoy día sigue celebrándolo la Iglesia armenia. Por otro lado, estaba Osiris, Dioniso, Atis, Tammuz, Adonis, Mitra y otros más, cuyos nacimientos se celebraban el 25 de diciembre. La celebración anual de la natividad del dios-hombre misterioso conmemoraba el fin del año viejo y el principio del nuevo en el solsticio de invierno, el día más corto del año, que señala el retorno del sol vivificador.